

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 30

San José, Costa Rica. C. A.

Marzo, 1913

SUMARIO

- Baltasar Labanca. . . *La misión pública de Jesús.*
Mateo *Sermón de la Montaña.*
Lucas. *Quién es mi prójimo?*
Mateo y Marcos. . . *Jesús y los niños.*
Juan, Lucas, Marcos
y Mateo. *Jesús y la naturaleza.*
Guillermo Valencia. *San Antonio y el Centauro.*
E. Gómez Carrillo . . *Así era ella...*
César Zumeta *Cristo o Diana.*

La misión pública de Jesús

CONSIDEREMOS ahora la persona moral de Jesús, esto es su pública misión. Se inició con dos hechos embellecidos por la leyenda, el bautismo que recibió Jesús de Juan Bautista, y el retiro de Jesús al desierto. Habiendo salido de Nazaret, en donde su misión tuvo mala acogida, se dirigió a Galilea. Allí supo que Juan Bautista predicaba como gran profeta la renovación moral del pueblo corrompido, y que el bautismo en el agua del Jordán era

el símbolo de tal renovación. Jesús también quiso ser bautizado.

Sabiendo Juan que no necesitaba del símbolo del bautismo, se negaba a ello, pero después se rindió. Cuando salía del agua, Jesús vió, como dice Marcos, abrirse los cielos, y al Espíritu, como paloma que descendía sobre él. Hubo entonces una voz de los cielos, que decía en nombre de Dios: «Tú eres mi hijo amado.»¹

Por los hechos mencionados, Juan Bautista viene a ser en la historia evangélica el gran precursor de Jesús de Nazaret. Antes de comenzar su pública misión, sintió Jesús la necesidad de vivir durante cuarenta días en un sitio solitario, que Mateo, Marcos y Lucas llaman desierto. En el sitio solitario, así llamado desierto, Jesús sintió una lucha interna del mal contra el bien, que debía servirle de preparación para su público ministerio, y para su lucha externa.

En los tres Evangelios Sinópticos² aparece

¹ *Marcos*. I, 10, 13.

Para esta cita bíblica y las otras, y los pasajes de los Evangelios que en el texto aparecen, hemos adoptado la clásica versión castellana de Cipriano de Valera.

² Los de Mateo, Marcos y Lucas, así llamados por las afinidades que contienen en lo que se refiere a los elementos principales de la vida de Jesús.

descrita como una lucha de Satán contra Jesús. Entonces se juzgaba generalmente a Satán como el espíritu del mal. Hasta Jesús, como se ha dicho, lo creía un terrible tentador. Pero también Jesús creía ser, por otra parte, un Hijo predilecto de Dios; la lucha se estableció entre Satán, adverso a Dios, y Jesús, devoto a Dios, su Padre.

Cuentan los Sinópticos que Jesús ayunó cuarenta días en el desierto. Sintiendo hambre después del largo ayuno, Satanás le dijo: «Si eres el hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan.» Jesús replicó: «De sólo pan no vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca del Señor». ¹ Como fallara en la primera tentativa, Satán hizo una segunda en las almenas del Templo de Jerusalem. Allí dijo Satanás a Jesús: «Si eres hijo de Dios, échate abajo; según está escrito, los ángeles te alzarán y te salvarán.» Y Jesús le argumentó: «Y también está escrito: No tentarás al Señor tu Dios». ² Como también fallara la segunda tentativa, Satán hizo la tercera en la cima de un monte. Habiéndole mostrado desde allí a

¹ *Deuteronomio*. VIII, 3.

² *Deuteronomio*. VI, 16.

Jesús la grandeza de los reinos de la tierra, le propuso: «Si, postrado, me adorares, te someteré todos estos reinos». A lo cual Jesús contestó: «Vete, Satanás; que escrito está: Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo servirás». ¹

Admirable esta lucha interna de Jesús contra el mal! Revela que Jesús se persuade en su soledad, de que debe luchar en su externa misión contra mundanas y dañosas tendencias. Y para vencerlas, debe enseñar y confirmar con el ejemplo, que en este mundo no sólo de pan se vive, sino también de sublimes verdades ideales; que el pueblo debe trabajar, y no esperar todo lo que necesita de los divinos milagros; y que se han de adorar no los reinos del mundo, sino el de Dios, que es reino de justicia y de felicidad para los hombres de buena voluntad.

Estas máximas de alta moralidad, que Jesús aprendió en parte de las predicaciones del Bautista, y en parte de sus meditaciones en el desierto, alargaron y fecundaron el genio religioso del gran maestro en su pública enseñanza, llamada por sus discípulos

¹ *Deuteronomio*. VI, 2, 3, 13 y X, 20.

los Evangelio, equivalente a Buena nueva, y a la mejor que se haya dado a los pueblos. De carácter admirablemente humilde, Jesús repetía a menudo que quien se ensalza en este mundo, se humilla y envilece. Pero al mismo tiempo fué de carácter rebelde, sin jactancia, ya con los que interpretaban mal su enseñanza, como sucedió en su familia y en su patria, en Nazaret, ya con los que le contrariaban, como pasó con los Saduceos, y a menudo con los Fariseos, no tanto de la Galilea, como de la Judea.

El programa de reforma religiosa y moral, que Jesús se propuso en la breve vida pública que sus adversarios le concedieron, miró al pasado y al porvenir, así como lo exige cualquier reforma, que desea ser fecunda y durable. Tuvo en cuenta el pasado de los Judíos, cuando les anunció: «No penseis que he venido para abrogar la Ley y los Profetas; no he venido para abrogar, sino a cumplir».¹ Miró también hacia el futuro, cuando anunció a los judíos: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas»,² es

¹ *Mateo*. V, 17.

² *Mateo*. VI, 33.

decir la comida, la bebida, el vestido y otros bienes materiales que se necesitan en la vida.¹

De qué modo cumplió Jesús el pasado de las Leyes y de los Profetas? De qué otro modo preparó el porvenir de los pueblos? Debemos ver eso. Para algunos críticos actuales Jesús anuló, no cumplió la Ley y los Profetas, mostrando casi un gran desprecio por el pasado judaico. Así parece en realidad, cuando se leen algunos pasajes del evangelio sin la debida ponderación y discreción.

En el Sermón de la Montaña, aludiendo al pasado mosaico y profético, afirma varias veces que si leyes habían sido publicadas por los predecesores, él publicaba otras, pero siempre con el propósito de cumplir, no de anular las leyes antiguas. He aquí los ejemplos.

La antigua ley había sometido á juicio penal a quienquiera que matara. Para completarla, él añade que debe también someterse a juicio penal a quienquiera que se irrite contra su hermano sin motivo, y lo trate de insensato y de loco. La antigua

¹ *Mateo.* VI, 31.

ley había establecido que el adulterio era motivo para repudiar a una mujer. Él acepta el adulterio como motivo de repudio de la mujer, salvo que desea perfeccionar la antigua ley, observando que también es adúltero de corazón un hombre que codicia a una mujer. A un tiempo desaprueba la facilidad del repudio entre los Judíos. La antigua ley había prohibido el perjurio, debiéndose respetar los juramentos hechos en nombre del Señor. Él no anula tal prohibición; pero sí quiere que el hombre honrado y justo sea creído cuando afirma o niega, sin que tenga que jurar por el cielo o por la tierra, o por la ciudad Santa de Jerusalem o por la propia cabeza. Idealidades estas de sublimes perfecciones morales, que el gran reformador anhelaba para los hombres.

En su célebre Sermón de la Montaña, Jesús anunció otra sublime idealidad moral. Existía en los antiguos códigos la práctica del talión, «ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie», como existe aun entre los pueblos bárbaros. Jesús contrapuso esta nueva ley, que venía a perfeccionar la antigua. «Yo os digo que no resistais al mal: antes a cualquiera que te hiriere

en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra. Y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte la ropa, déjale también la capa.» La nueva máxima contrapuesta a la antigua encierra esta fecunda moralidad: resistiendo al mal con otro mal, para vengar el inferido, se acrecienta el mal en la vida privada y pública; en tanto que si se opone, mediante la generosidad, el bien al mal, se acrecienta el bien individual y social. La antigua ley del talión ¹ resistía al mal con el mal, acompañando, lo que es más, la resistencia con crueldad y violencia; la nueva ley de Jesús propone que no se resista al mal, usando más bien la generosidad y la clemencia para con el malhechor, salvo los casos en que precisa resistir al mal, perpetrado por los malvados y perversos malhechores, que, si quedaran impunes, aumentarían el mal y no el bien. ²

Otro mandamiento de la antigua ley era amar al prójimo y odiar al enemigo. Jesús le contrapuso esta nueva máxima: «Amad a vuestros enemigos y haced el bien a quienes os odian». Antiguamente los Hebreos

¹ *Exodo*. XXI, 24.

² *Matco*. V, 21, 27, 31, 33, 38, 43.

odiaban y tenían por enemigos a todos los extranjeros que no profesaban la religión judaica y los Gentiles odiaban y consideraban enemigos a todos los extranjeros que no pertenecían al Estado. Quiso Jesús pasar por encima de estos antihumanitarios tropiezos, promulgando el amor universal y que no se odiara a los pueblos, cualquiera que fuese la religión o Estado a que pertenecieran. La tolerancia y la solidaridad deben reinar entre los pueblos, salvo el caso de guerra, no deseado por quien promulgaba la paz en este mundo.

Las semejanzas que acompañan a algunas de las proposiciones legislativas del eminente Reformador pueden parecer exageradas y hasta fantásticas a personas de corta vista. Pero hay que observar que para imprimir en los pueblos alguna solemne verdad, importa explicársela con amplificaciones. No es raro que el lenguaje de Jesús en medio de las turbas sea paradójal, como quien dice un conjunto de sublimes verdades amplificadas. La paradoja nunca es una proposición falsa: siempre es verdadera, presentada con imágenes espléndidas y atractivas. Los grandes reformadores a menudo usan las paradojas, no para engañar a las

gentes, sino para enamorarlas de sus nuevas ideas morales y de sus nuevas reformas religiosas y sociales.

Hemos dicho que la reforma de Jesús miró al pasado y al porvenir. Como se ha visto, su reforma miró al pasado, cumpliendo y perfeccionando leyes antiguas entre los Hebreos. Veremos ahora de qué modo la reforma de Jesús también miraba al porvenir. Él recomendó ante todo y sobre todo que se buscara el reino de Dios: porque todo progreso moral y social entre los hombres provendría de este reino. Con tal propósito rodeaba por todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas y predicando el evangelio del reino.¹

Este reino a menudo se llama en los Sinópticos el evangelio del reino, sin más añadidos, o reino de los cielos o del cielo. El cielo a menudo hacía las veces de Dios; porque entonces quería evitarse que se lo pronunciara en vano. Pero si Jesús se empeñaba tanto porque se realizara entre los hombres el reino de Dios, importa conocer que cosa es este reino de Dios, o reino de los cielos o del cielo.

¹ *Mateo*, IX, 35.

Yo, ciertamente, no puedo ni debo entrar en todas las cuestiones exegéticas, desde hace medio siglo debatidas, acerca de la naturaleza del reino de Dios, anunciado por Jesús. Los exégetas admiten, de acuerdo, que el reino de Dios en el mundo es el reino que Dios debe ejercer sobre los hombres, para su santificación y mutua paz. El desacuerdo comienza cuando se trata de precisar, según el Evangelio, de qué modo ejerce Dios su reinado sobre los hombres.

A juicio de algunos, Dios ejerce su reino en este mundo mediante la Iglesia; el reino de Dios sería, pues, *eclesiástico*. Para otros, al contrario, el reino de Dios sería *escatológico*, en cuanto consiste en el último destino de los premios y castigos reservados a quienes hacen el bien o el mal en la vida. Finalmente, para otros el reino de Dios no es *eclesiástico*, ni *escatológico*, antes bien *moral*, en cuanto Jesús anunció un reino moral religioso, a nombre no de la Razón, sino de Dios, que debía guiar nuestro espíritu en todo aquello que es justo y santo.

Soy de este último parecer, estando profundamente convencido de que el reino de Dios, según el evangelio de Jesús, es un

reino moral de Dios, que ante todo opera en el espíritu del individuo. Un pasaje de Lucas, no falseado, no deformado maliciosamente, lo dice con claridad: «El reino de Dios no vendrá manifiesto. Ni dirán: Hele aquí o hele allí; porque el reino de Dios dentro de vosotros está.»¹ Así, pues, el reino de Dios es interior primeramente y se propone moralizar, lo que vale tanto como decir que es moral.

No es primordialmente exterior, esto es *eclesiástico*, ni primordialmente superior, o celeste, es decir *escatológico*. Es indudable que el reino de Dios ante todo es interior en el hombre y tiene un propósito moral; puesto que Pablo escribe claramente: «El reino de Dios no es comida ni bebida; sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo».² Por lo demás, basta ojear, sin espíritu de partido, los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento, para comprender que Jesús proclama por doquiera el reino de Dios, como reino de moralidad interna en nombre de Dios, o, lo que es lo mismo, como reforma moral interna

¹ *Lucas*. XVII, 20, 21.

² *Romanos*. XIV, 17.

del hombre, teniendo como supremo fundamento a Dios.

Con el tiempo, por leyes dinámicas, el reino de Dios podría llegar a ser de interior, exterior y superior: externo, manifestándose en varias iglesias, o sea en varias asociaciones de fieles, devotos a Dios y a su Profeta; superior, por cuanto el último destino prometido por Jesús a los observantes de la moral divina podía servir como una sanción moral para los fieles de las varias iglesias. Por eso la iglesia se llama en los primeros siglos: *Domus Dei* o bien Casa de Dios, en la que se reunían los fieles cristianos, para glorificar a Dios y a su Profeta, Jesús de Nazaret. De todo lo probado se deduce que el reino de Dios, originariamente reino moral interno de Dios en el hombre, podía con el tiempo tener cuerpo en las iglesias, y sanción en el más allá, en otro mundo, por obra de Dios que premia o castiga.

En las enseñanzas de los evangelios y de las epístolas, a más de copiosos elementos morales, hay eclesiásticos y escatológicos, enseñados también a modo de parábolas. Pero estos siempre permanecen subordinados a aquellos para un buen observador. Y

no puede ser de otro modo, si se tiene en cuenta que la exteriorización del reino de Dios en las iglesias debe ser en absoluto moral, no inmoral; y lo mismo la realización del reino de Dios con premios y castigos, en la vida de ultratumba, debe considerarse sin duda como moral, no inmoral. Importa, por lo demás, confesar que en las iglesias ocurrieron a menudo ya interpretaciones desacordes con el espíritu evangélico, basado en el reino de Dios, por esencia moral, ya desviaciones escandalosas, contrarias a toda moralidad, aun cuando sólo fuera humana. Pero de esto no debo ocuparme. Tampoco, de las creencias fantásticas que se infiltraron en la escatología, como, por ejemplo, la del retorno de Jesús después de su muerte, entre nubes, y la de la fundación de un reino suyo en la tierra, repleto de bienes materiales; estas creencias y otras apocalípticas, son heredadas por Jesús, o por los apóstoles de las tradiciones judías. Debo más bien considerar a grandes rasgos la persona moral de Jesús en sus hechos, y en sus enseñanzas para con el pueblo que lo rodeó, en su breve misión pública.

Como a los treinta años comenzó Jesús

su importante misión reformadora. Capernaum, paisecito de la Galilea, fue el primer centro de su actividad misionaria. Capernaum fue su país predilecto, no habiendo sido bien acogida su misión moral y religiosa en Nazaret, entre su familia y sus paisanos.

En Galilea, Jesús no tuvo que vencer graves obstáculos: sea porque los Fariseos eran pocos y muy tolerantes; sea porque los Galileos se mostraron devotos hacia él, admirando las eminentes dotes intelectuales y morales. Si hubiera iniciado su misión pública en Judea, inmediatamente habría sido contrariado y matado; no siendo inclinados a la tolerancia los muchos Fariseos y Saduceos de la Judea, especialmente de Jerusalem. El gran maestro Jesús, en Galilea, pudo verse rodeado de discípulos que lo respetaron y veneraron.

Sus primeros discípulos fueron los dos hermanos Andrés y Simón. Tenía éste el sobrenombre de Kefas o Pedro. Ambos hermanos eran pescadores y vivían en Capernaum. Zebedeo, también pescador, tenía dos hijos, Santiago y Juan, que se unieron como discípulos cariñosos al Maestro. Pedro y Juan, después de la muerte del Maestro,

fueron parte principal en los comienzos de la vida cristiana. A los cuatro susodichos discípulos se unieron otros con el tiempo, y fueron Felipe de Betsaida, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Santiago de Alfeo, alias Lebeo, Tadeo, Simón Cananita y Judas Iscariote, el discípulo que después lo traicionó.¹ Judas era el único discípulo no Galileo, puesto que se hallaba Keriot entre los pueblos de las tribus meridionales de Judea.

Los doce discípulos se habían acreditado como hermanos del Señor. Los más laboriosos, conforme a los consejos del Maestro, fueron Pedro, Santiago, llamado el Justo, Mateo y Juan. Pedro y Juan lograron el cariño más intenso de Jesús. Pedro, de índole impulsiva, a menudo se dejaba arrastrar por acciones impropias, que el Maestro reprobaba con exquisita dulzura. Juan, de poca edad, bastante vivaz y generoso, gozaba de las mayores ternuras del Maestro. Las tradiciones atribuyen a Mateo el primer evangelio, precioso por las memorias que contiene acerca de Jesús, especialmente por su Sermón de la Montaña, tan

¹ *Mateo*. X, 2, 3. 4.

repleto de ideas originales sobre la vida moral, social y religiosa.¹ Santiago el Justo, que murió el año 63 de Cristo, en Jerusalem, fué el jefe venerado de la primera comunidad religiosa de Jerusalem.

Acerca de los otros discípulos, llamados apóstoles, son ricas las tradiciones, pero escasas e inciertas las noticias. De algunos de ellos, se asegura, sin embargo, que hicieron viajes a países lejanos. Por ejemplo, se cree que Tomás visitara la Persia, Bartolomé la India, Andrés la Escitia, Andrés, reconocido por tal visita supuesta, como el protector de la Rusia. Por lo que se ve, Tomás debió ser de carácter un tanto escéptico. No quiere creer en la resurrección de Jesús, sino cuando haya tocado con el dedo sus heridas.² De Bartolomé, llamado también Nataniel, sabemos que estuvo presente, cuando Jesús apareció, después de la resurrección, sobre el lago de Tiberíades.³

Barbanabas y Pablo no fueron discípulos de Jesús; pero, después de su muerte, fue-

¹ Véase dicho Sermón en las págs. 42-54 de este Epítome.

² *Juan.* XX, 27, 28.

³ *Juan.* XXI, 2.

ron los primeros en convertirse a la nueva fe y en propagarla fuera de la Palestina. Barnabas presentó a Pablo, ya converso, a a los ancianos de Jerusalem.¹ Juntos, Barnabas y Pablo, trabajaron durante dos años en Antioquia, propagando la fe en el muerto y resucitado Jesús.² Una diferencia surgió en seguida entre ellos. Barnabas emprendió un viaje misionero con Marcos,³ navegando hacia Chipre; Pablo, después de realizar muchos viajes misioneros por varios países del Oriente, llegó por fin a la Ciudad Eterna, a Roma.⁴

Habiéndome referido de paso a Barnabas y a Pablo, vuelvo a la persona de Jesús, para continuar recordando las varias* relaciones que tuvo en Galilea, además de las de sus doce amorosos discípulos. La misión de Jesús no era en ningún modo política, como han pensado algunos críticos superficiales. De ánimo justo y compasivo, deseaba ver al pueblo sin opresiones de tiranos externos e internos; lo que esperaba se conseguiría

-
- 1 *Actos de los Apóstoles*, IX, 27.
 2 » » » » XI, 25, 26.
 3 » » » » XV, 39.
 4 » » » » XXVIII, 16.

después que los judíos se hubieran reformado moralmente. De aquí que sin oponer ninguna resistencia política, ordenó a Pedro que pagara el tributo que los reyes de la tierra imponen.¹ En la sugestiva pregunta que los Fariseos le propusieron, de si era lícito dar el tributo al César, el respondió resueltamente: «Pagad, pues, a César lo que es de César y a Dios, lo que es de Dios.»² Profundamente sintió el inicuo asesinato del Bautista, ordenado por Herodes Antipas!³ Pero, por otra parte, convencido de que Herodes Antipas, entre miedoso y cruel, anhelaba también la muerte suya, bien lo llamó zorra,⁴ demostrando así que no le importaban sus insidias. Sin sublevarse contra quienes imperaban sobre los Hebreos, extranjeros o nacionales, supo conducirse con altivo desprecio contra sus atentados a la libre acción moralizadora suya.

Jesús no se condujo nunca en toda su vida como un místico solitario. Participó de los honestos regocijos familiares en al-

¹ *Mateo*. XVII, 24-27.

² *Mateo*. XXII, 17, 21; *Lucas*. XX, 22, 25.

³ *Marcos*. VI, 29.

⁴ *Lucas*. XIII, 32.

guna boda; no rechazó las discusiones, artificialmente promovidas por los Fariseos; amó de preferencia a los pobres y a los desamparados; y nunca habría vilipendiado a los ricos, si también hubieran empleado sus riquezas en beneficio de los pobres. Con gusto aceptó las asambleas y conferencias para la instrucción y educación de las multitudes. En suma, era de una afabilidad y adaptabilidad sorprendentes, cual deben serlo todos aquellos que desean renovar, como padres de la historia, los viejos preceptos morales y sociales, que han venido a ser extemporáneos, o ineficaces, o perjudiciales.

Algunos críticos han puesto en mal predicado la delicada amabilidad de Jesús con respecto a algunas mujeres, aun las de reputación comprometida. Tales críticos de estrecha inteligencia no han querido ver en su conducta el propósito altamente moral y religioso: moral, porque desea levantarlas de su deplorable caída mediante un sincero arrepentimiento y enmienda; religioso, porque espera que Dios reine también en ellas, como Padre bueno y misericordioso. Jesús acogía a las mujeres pecadoras, si estaban arrepentidas; las respetaba, si eran laborio-

sas en su casa, como Marta; sentía por ellas predilección, si eran devotas del Señor, como María, hermana de Marta. Por encima de estos sentimientos morales hacia la mujer siempre estaba su vocación de preparar el reino de Dios en el mundo, como un reino de renacimiento moral y social. Por esta elevada vocación suya, se condujo con un sentimiento de menos consideración para con su madre en las bodas de Canán, mientras que en otras circunstancias tiene para ella un afecto y un respeto intenso, como cuando suspendido en la Cruz, la recomendó a Juan, su discípulo predilecto.

Las relaciones de Jesús con los Gentiles se manifiestan a menudo revestidas de una gran tolerancia, así como de una sincera benevolencia. En el Sermón de la Montaña se condena el odio contra los enemigos, y por enemigos se entiende de preferencia a los Gentiles.¹ Por otra parte, es cierto que Jesús, promulgador y promotor del reino de Dios en lo futuro, no podía amar a los Gentiles, adoradores de los Dioses. A pesar de esto esperaba, en su corazón expansivo, una no distante conversión de los Gentiles

¹ *Mateo*. V, 44.

al Dios verdadero, padre de todos los hombres. También sentía a menudo indulgencia para con ellos, y constantemente le amargaba el verlos esclavos de los patronos y de los poderosos de la tierra.

Por lo demás, debe observarse que Jesús demostró no simpatizar siempre con los Gentiles. A veces el Maestro ordenó a sus discípulos: «No vayais por el camino de los Gentiles, y en ciudad Samaritana no entrais».¹ Y a veces impone a los doce: «Id y enseñad a todas las naciones».² Los Judíos y los Samaritanos se entendían mal, por motivos religiosos y políticos; por eso Jesús dice a los discípulos que no entren en ninguna ciudad de los Samaritanos. Apesar de ello, elogia a un Samaritano que se apiadó de un hombre herido en el camino de Jericó, distinguiéndose de los sacerdotes y levitas que pasaron sin compadecerse del infeliz.³

La misericordia por los prójimos resaltaba en todos sus actos, vinieran de donde

¹ *Mateo*. XV, 5; XV, 24.

² *Mateo*. XXVIII, 19; *Márco*s. XVI, 15; *Lucas*. XXIV, 47.

³ *Lucas*. X, 30-37. Véanse el pasaje completo en las págs. 55-56 de este Epítome.

vinieran o se hallaran donde se hallaran, Israelitas o Gentiles, Galileos o Samaritanos. Si Jesús prefería a veces los Israelitas, a los Gentiles o a los Samaritanos, esto dependía de la obligación en que estaba de anteponer el reino de Dios al reino de los Dioses. Y si a veces se dirigía a los Gentiles y no a los Judíos, esto acontecía de haber comprobado que los Judíos a menudo eran más reacios a la palabra evangélica, lo que no pasaba con los Gentiles, como en realidad sucedió después de su muerte. Informen al respecto Pablo y Barnabas en su misión religiosa.¹

También las relaciones de Jesús con los niños son de una extraordinaria amabilidad y afabilidad. Como algunos del pueblo desearan ardientemente que Jesús se acercara a sus niños para bendecirlos, sus discípulos se empeñaban en alejarlos y reprendían a quienes osaban presentárselos. Viendo esto Jesús, se indignó y dijo a sus discípulos: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo vedéis; porque de los tales es el reino de los cielos.» Esta vez el Maestro quiso afeccionar a sus discípulos y hacerles compren-

¹ *Actos de los apóstoles*, XIII, 46, 41, 42.

der que alcanzarán mejor el reino de Dios aquellos que en la vida se conducen como los niños, esto es, se conservan puros como son los niños. No contento el divino Maestro con reprender y a la vez aleccionar a los discípulos, quiso abrazarlos y bendecirlos con su benevolencia de costumbre.¹ Siempre Jesús es así en su público ministerio: esto es, siempre una persona de moralidad perfecta, que a un tiempo la enseñaba y la practicaba. En esto consiste la eficacia educativa de un maestro, y el valor positivo y duradero de un reformador, sea cualquiera la asociación a que pertenezca, religiosa o civil, eclesiástica o política.

También sus sentimientos hacia la naturaleza fueron maravillosamente exquisitos. No sólo la amaba y admiraba, a la manera de los místicos, como cosa creada, coordinada y conservada por Dios, sino que a menudo se deleitaba con sus bellezas y formas, y gozaba con graciosos similes, siempre con un propósito intensamente moral. Pasando por algunos campos de frescas yerbas, ad-

¹ *Mateo*. XVIII, 10; *Marcos*. X, 13-16. Véanse estos pasajes completos en las págs. 57-59 de este Epítome.

vertía a sus discípulos su natural y admirable hechura. A veces ponía de relieve cuánto más ricas en alegría y en belleza eran algunas flores naturales que todos los rebuscados ornamentos de los reyes de la tierra. Entre las parábolas que usó Jesús con un intento moral, sacó varias de los hechos de la naturaleza; precisamente las principales, las más fecundas y las más hermosas en ella descansan.

Siento mucho verme obligado, por la índole de mi trabajo, a señalarlas únicamente: son las de los Campos para la siega; ¹ la de la Higuera estéril; ² la de la Semilla que cayó junto al camino; ³ la de las Zizañas en los sembrados; ⁴ la del Grano de mostaza ⁵; la del Buen Pastor; ⁶ la de la Vid y los pámpanos. ⁷ En estas parábolas resplandece el vivo sentimiento de Jesús por la naturaleza y el uso oportuno que de ella supo

¹ *Juan.* IV, 35-38.

² *Lucas.* XIII, 6-9.

³ *Marcos.* IV, 2-4.

⁴ *Mateo.* XIII, 24-30.

⁵ *Marcos.* IV, 30-32.

⁶ *Juan.* X, 15-16.

⁷ *Juan.* XV, 1-8. Véanse estas parábolas en las páginas 60-67 de este Epítome.

hacer para la instrucción moral y la educación de los discípulos y de las turbas devotas a él.

Después de lo expuesto acerca de las relaciones de Jesús con los discípulos, con las mujeres, con los Gentiles y Samaritanos, con los niños y con la naturaleza, el juicio definitivo sobre la personalidad moral del Maestro no puede ser otro que de admiración hacia el gran reformador, que vivió enseñando y bendiciendo, hace cerca de veinte siglos. Pero la historia de todas las épocas demuestra que a los espíritus máximos de la humanidad con frecuencia les tocan graves acusaciones, sobre todo si su reforma hiere las tradiciones religiosas; ya que no tiene límites el odio contra los innovadores religiosos. En efecto, Jesús fué acusado en vida, por los Fariseos de glotón, bebedor, seductor y blasfemo; muriendo en la cruz, se fijó sobre su frente, por ironía, la inscripción: *J e s ú s N a z a r e n o , R e y d e l o s J u d í o s . (I N R I)*; ya muerto, se atrevieron a vilipendiarlo desvergonzadamente junto con su madre, primero los Hebreos, después los polemistas paganos de Roma y los anticristianos de los siglos XVIII y XIX. Pero es lo cierto, sin embargo, que las acusaciones

que son calumnias estúpidas, agrandan, no empequeñecen las figuras luminosas de la historia. Por consiguiente, no hay que contestarlas; las respuestas serían inútiles, quizá fastidiosas!

Más bien revisemos brevemente la enseñanza pública de Jesús. No pretende esta enseñanza renegar del pasado, ya sea legislativo o profético, como lo hemos dicho. Jesús anunció que de tal pasado no perecería ni una jota ni una tilde. ¹

Y cuál era este pasado? En general era la libertad, la fraternidad y la justicia entre los hombres, bajo un Dios bueno, santo y justo. Yendo a los detalles, no debía perecer el pasado moral y social, contenido en las leyes prohibitivas de no matar, no fornicar, no robar, no cometer adulterio; no decir falsos testimonios. ² Tampoco debía morir jamás el amor a Dios, sentido de todo corazón; ³ el amor al prójimo como a sí mismo; ⁴ la justicia igual para todos ⁵; la

¹ *Mateo*. V, 18.

² *Exodo*. XX, 13-17.

³ *Deuteronomio*. VI, 5; X, 12.

⁴ *Levítico*. XIX, 17, 18.

⁵ *Exodo*. XXIII, 3, 6, 9; *Deuteronomio*. XXI, 1, 5.

compasión hacia los pobres y los esclavos;¹ la palabra del justo y del sabio;² la justicia, como de más valía que los holocaustos y los votos religiosos;³ y no sancionar jamás las injusticias que caen sobre los pueblos para arruinarlos.⁴ El compendio del pasado mosaico y profético, anunciado ya en los detalles, y que jamás debería perecer, se halla en este mandamiento: «No hagas a otros lo que no querrías que te hicieran a tí mismo»⁵ El mismo comprensivo precepto lo repite Jesús en forma afirmativa, refiriéndolo a las Leyes y a los Profetas. Él dice, en efecto: «Todas las cosas que querríais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la Ley y los Profetas».⁶

Este pasado jamás debía violarse; de manera que quien lo quebrantare, aun en lo más mínimo, sería considerado minúsculo en el reino de Dios, y, viceversa, quien lo practicare escrupulosamente, sería tenido

1 *Levítico*. XXV, 39, 43; *Exodo*. XX, 2-10.

2 *Proverbios*. X, 11, 13, 20.

3 *Miquéas*. VI, 6, 8.

4 *Eclesiastés*. X, 8.

5 *Tobías*, IV, 16.

6 *Mateo*. VII, 12.

como grande en el reino de Dios.¹ La justicia anunciada por las Leyes y por los Profetas, debía observarse más que la de los Escribas y Fariseos;² porque la justicia engrandece a los pueblos, en tanto que la injusticia los hace infelices y los conduce a la ruina.³ Pero la reforma de Jesús debía mirar no sólo al pasado, sino también al futuro.

Así las cosas, ¿cuál es el pasado que debía perecer a fin de preparar el nuevo futuro de los pueblos? He aquí en resumen lo que debía morir: todas las prolijas y fraudulentas interpretaciones de la Ley, enseñadas por los Escribas y Fariseos; todos los ritos externos y teatrales, que no favorecían la moralidad del pueblo; todas las devociones y mortificaciones, hechas con hipocresía, no con sincera piedad; todos los violentos y vengativos castigos para los contraven-tores de la Ley; todos los vanos y estúpidos juramentos en nombre de Dios. El reino de Dios debía ser, en lo futuro, el reino del amor, siendo Dios el amor.⁴ El evangelio de

¹ *Mateo*. V. 19.

² *Mateo*. V. 20.

³ *Proverbios*. XIV. 34.

⁴ *Juan*. IV, 8, 16.

Jesús debía ser evangelio de amor, amándose los hombres, unos a otros, del mismo modo que Jesús los había amado.¹

Si la antigua ley había prohibido el mal y exhortado al bien, la nueva ley de Jesús recomendaba el máximo bien, hasta la más expansiva caridad, hasta la obligación de ser perfecto como es perfecto Dios. «Sed, él anuncia, hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: que hace que su sol salga sobre malos y buenos; y llueve sobre los justos e injustos». Además añadía: «Si amareis a los que os aman, ¿qué mérito tendreis? No hacen también lo mismo los publicanos? Si saludareis a vuestros hermanos solamente, ¿qué haceis de más? No hacen también así los publicanos? Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».²

Profundamente persuadido de que el reino de Dios permanece dentro de nosotros y que de nosotros debe difundirse hacia afuera, Jesús insistía en que el hombre debe ser perfecto en sus intenciones y hechos, como es perfecto el Padre celestial.

¹ *Juan.* XIII, 34; XV, 9, 12, 17.

² *Mateo.* V, 45-48.

Le parecía casi ofender al Padre celestial no imitándolo en lo que Él hace, esto es iluminando con el sol a los buenos y a los malos y dispensando la lluvia a unos y otros. Para Jesús no se debía, por consiguiente, proceder en el futuro del mismo modo que se había obrado en el pretérito, es decir, amando a los amigos y odiando a los enemigos, como era costumbre de Judíos y Gentiles.

Esta moral tan pura debía tener, según Jesús, el predominio en la religión futura de los pueblos. Por eso, la religión debía consistir en absoluto en la adoración e imitación de Dios, debiéndose concentrar por entero en la relación inmediata de nuestro espíritu con el Padre, que está en los cielos. Admitido esto, de nada sirven los mediadores entre el espíritu nuestro y nuestro Padre celestial, si con fe se acepta que Dios lee en nuestros corazones. De nada sirven tantas prácticas y fiestas religiosas, que impresionan los ojos y las orejas, pero no el espíritu, que es la vida de la religión. La plegaria es para Jesús elemento de la religión; pero no precisa «imitar a los hipócritas, que aman el orar con rituales en las sinagogas y en las esquinas de las calles, a fin de

que los hombres los alaben y admiren. Tú, si quieres orar, puedes orar en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve en lo escondido de tu alma, te escuchará y te concederá lo que le pidas. Y orando, tampoco habéis inútilmente, como los Paganos, que piensan que por su parlería serán oídos. Dios, tu Padre, sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que tú le pidáis». ¹

Este idealismo moral religioso del divino profeta tuvo resultados innegables y admirables en los comienzos de la vida cristiana, en casi todos los tres primeros siglos, durante los cuales se afirmó, aun con el martirio, el evangelio del intenso y amplio amor, enseñado y practicado por el Héroe del Gólgota. Al evangelio del amor entrañable se sobrepuso, con los siglos, el ritualismo en las Iglesias, ritualismo que se usó y del que se abusó en el mundo judaico y pagano. El ritualismo que Jesús combatió para salvar y levantar de nuevo el moralismo decaído por obra de los Fariseos y Saduceos, se reafirmó en las Iglesias con ceremonias pomposas. El moralismo puro y espiritual, edificante, benéfico y santifi-

¹ *Mateo*. VI, 6-9.

cador, recomendado por Jesús no de palabra, antes bien con luminosos ejemplos, no prevaleció con el trascurso de los siglos y con el propagarse de su religión.

Hoy tenemos varias crisis en los principales organismos de la sociedad, las que agitan el Estado, la Iglesia, la Familia y la Propiedad. No puedo ocuparme de ellas, ni aun por las relaciones que pudieran deducirse con respecto al asunto que estudio. Debo ocuparme sólo, y de paso también de la crisis moral y religiosa contemporánea. En las épocas de transición siempre sobrevienen crisis, es decir cambios lentos o violentos; bien sea porque el pasado no satisface a la mayoría o bien por lo contrario, porque el futuro aun está indefinido y muy incierto.

La moral religiosa de Jesús, que durante varios siglos ha prestado a los pueblos muchos beneficios, hoy es vilipendiada por no pocos científicos, políticos y socialistas, como cosa extemporánea, así como perjudicial a los pueblos. La moral de Jesús se apoyaba en el reino de Dios, como reino de universal benevolencia y fraternidad. La ciencia ahora juzga que puede dejarse a un lado semejante hipótesis; así algunos llegan

a proclamarla como la causa de muchos males, perpetrados en nombre de Dios. Jesús entendía recomendar una moral religiosa, en el sentido de que la religión no debiera separarse de la moral ni ésta de aquella, porque el divorcio las perjudica gravemente y la unión las favorece muchísimo. Ahora, los que aun aceptan una moral para la buena conducta social de todos, la quieren humana o dígase laica, del todo separada de la religión; de modo que la religión cristiana tiene por base el reino de Dios, mientras que la moral humana debe tener por fundamento el reino de la razón y de la experiencia. Y aquí no aludo a otros pensadores actuales como Nietzsche, Stirner y Berge, quienes desean que se suprima la moral, pudiendo los pueblos valerse aun de medios violentos, completamente inmorales, para lograr un fin, a su juicio bueno.

Continuando el cotejo, la moral de Jesús elogió la resignación; la moral laica proclama la reivindicación de los derechos privados y públicos. En el país oprimido en que Jesús enseñaba, no podía no hacerse el elogio de la resignación; hoy, por el contrario, puede hacerse el elogio de la reivindi-

cación, para realzar a los desheredados, a los explotados y oprimidos que innecesariamente padecen. Jesús recomendó la moral interna del individuo, porque de ella procede la reforma social. Viceversa, la moral social proclama hoy como necesaria sobre todo la reforma social, porque de ella vendrá la reforma moral del individuo. La renovación popular, según Jesús, debía esperarse del arrepentimiento sentido, del reconocimiento y enmienda de los propios errores del individuo; según los actuales promotores de la renovación popular, ésta debe esperarse del socialismo reformador o revolucionario, parcial o totalmente colectivo, opuesto en parte o del todo a la propiedad privada.

Como es fácil comprender, se tienen puntos de vista opuestos: pero al juzgarse los hechos históricos, importa no olvidar jamás que en épocas diversas aparecen siempre soluciones diferentes de los problemas sociales. El libro, más filosófico que religioso, del Eclesiastés bien anunció tal criterio para juzgar en esta sentencia: «Para todas las cosas hay razón; y todo lo que quisiereis debajo del cielo, tiene su tiempo determinado».

Aparte de lo que en la moral de Jesús

se refiere a su tiempo y que de su tiempo se resiente, nadie, que sea imparcial, puede desconocer en ella ciertos idealismos útiles y preciosos para todas las edades, como por ejemplo el amor a los prójimos; la compasión por los desheredados y los enfermos; la resignación en las inevitables desventuras de la vida; la entrega a los obreros del salario correspondiente; la colocación de la reforma exterior y social bajo la dependencia de la reforma moral interna. Si el individuo no es moral, como podrá serlo la sociedad, que se compone de individuos?

El compendio del citado idealismo y de la moral de Jesús, oportunos para todos los tiempos, es la máxima universal ya expresada en la forma negativa: No hagas a otros lo que no quieres que te hagan a tí; ya expresada en la forma positiva: Haz a otros lo que quieres que te hagan a tí. La máxima universal, en la forma negativa, pertenece a la antigua ley promulgada por Moisés, en la forma afirmativa, es propia de la nueva ley, anunciada por Jesús. Las dos formas se completan, y no se excluyen en las permanentes y benéficas idealidades de la moral de Jesús.

Hoy, al juzgar la moral de Jesús, a menudo se tiene en cuenta sólo las máximas y creencias que de los errores de su tiempo se resienten y que no tuvieron una gran eficacia en el cristianismo. Verbigracia, algunas creencias apocalípticas acerca del porvenir de la religión cristiana, aparecieron por influjo judaico, pero luego desaparecieron. Quiero hablar del reino milenario de Jesús y de otras fantasmagorías que hay en torno de su personalidad. Algunas creencias escatológicas sobre el juicio final de Jesús, sobre los premios y los castigos reservados a los individuos buenos y malos, no desaparecieron; pero esas creencias, muy discutibles, no constituyen nunca la sustancia fundamental de la moral religiosa de Jesús. Esta siempre tuvo el *ubi consistam* en las perennes idealidades morales, de que se ha venido hablando en todo el capítulo.

Los críticos e hipercríticos que tanto difaman y a veces gritan contra la moral evangélica, ¿con qué cosa mejor querrían sustituirla? No desprecio el trabajo de la ciencia en la moral; no obstante, la moral científica nunca será popular, a pesar de las numerosas tentativas que se han hecho. La

moral religiosa, por el contrario, ha sido y será siempre popular. La razón de ello es que en la moral religiosa predominan las fáciles emociones del corazón, no las difíciles investigaciones de la mente, propias de la moral científica.

Actualmente existe un resuelto despertar del idealismo contra el realismo filosófico. El idealismo reconoce a Dios en la moral, sin embargo no como una deducción teórica, sino como un necesario postulado práctico. Esto aparece claro en el sistema moral y crítico de Kant y de muchos Kantianos y Neokantianos. Tal sistema no contradice la moral religiosa de Jesús, confirmada por Kant en las ideas fundamentales de su estudio: La religión dentro de los límites de la razón pura.

El realismo filosófico, que no ha logrado abatir el idealismo crítico, ahora vive a su lado, reflexionando sobre los varios sistemas realistas en lo que se refiere a la moral. Después del utilitarismo de Bentham, de Juan Stuart Mill, de Spencer, de Wundt, de Hering y después del sentimentalismo ético, estético y ecléctico de otros moralistas, no contrarios al realismo filosófico, tenemos las últimas investigaciones filosóficas en la

moral del pragmatismo, del solidarismo y del sociologismo, también éstas favorables sin embargo al realismo filosófico. El pragmatismo hace depender nuestros deberes en moral no de los principios teóricos, sino de los resultados prácticos; de modo que para el hombre será obligatorio lo que en sus resultados es benéfico o no obligatorio lo que es perjudicial. El solidarismo hace depender nuestros deberes morales de un tácito contrato permanente en la humanidad, en virtud del cual nacemos deudores para con los antepasados y los contemporáneos del inmenso capital acumulado, gozado por quien nace, y en virtud del cual contrato no expresado se tienen deberes de justicia, de gratitud, de respeto y otros innegables deberes colectivos. El sociologismo no afirma que la cuestión social es cuestión moral sino lo contrario; porque, si existe una moral, existe por los deberes que impone el interés colectivo; y si existen individuos con sus deberes, existen por la sociedad que los engendra.

Muchas preguntas podrían hacerse a propósito de esto, pero me permitiré una sola y es la siguiente: La moral evangélica contraría en absoluto el idealismo moral ya

mencionado? No; porque el idealismo también admite a Dios como un postulado en la moral, y hace del ideal la sustancia primordial de la moral. Tampoco la moral evangélica se opone al realismo pragmático, solidario y sociológico. El pragmatismo apoya la moral no en principios teóricos, sino en resultados prácticos, tal como es el intento práctico de la moral evangélica. En el solidarismo los deberes se derivan de un contrato tácito, del que nada se habla en la moral evangélica; pero en ésta, nada menos que algo parecido se presupone en lo de la comunión natural entre los hombres y en la comunión sobrenatural de los santos, dogmatizada en el Credo. El sociologismo concede a la sociedad el máximo valor, hasta hacerla la productora de los individuos y de los deberes humanos. Pues bien, la moral evangélica nunca ha desconocido la importancia de la sociedad y del socialismo, pero con mayor verdad histórica y filosófica va del individuo a la sociedad, siendo evidente que si la moral no existe en el individuo, jamás existirá en la sociedad, que se compone de individuos, asociados entre sí por necesidades materiales y morales.

Nunca negó Jesús el socialismo bien entendido, sino que lo subordinó siempre al individualismo moral. Tal subordinación prestó a la vida social maravillosos servicios civiles en todas las épocas y lugares. La subordinación del individuo al socialismo, como quieren los sociólogos, corrompe a los individuos y los hace irresponsables del mal que hacen. Se siente el corazón hecho un puño, cuando en los tribunales se oye que la sociedad crea los malhechores! Una causa coeficiente se trasforma en causa eficiente de monstruosos delitos!

Baltasar Labanca

Traducido del italiano para esta COLECCIÓN: del volumen *Gesú di Nazareth*, N.º 8, de la valiosa serie PROFILI, que publica en Génova el señor A. F. Formiggini.

Baltasar Labanca, ilustre y austero filósofo de la nueva Italia. Nació en Agnone (Campobasso) en 1829, y ha muerto el 23 de enero pasado en Roma. A iniciativa suya se fundó en 1886, en la Universidad de Roma, una cátedra de historia del cristianismo, que le fué confiada y que desempeñó hasta los últimos días de su vida. Era un cristófilo distinguido. En esta dirección publicó: *Gesú Cristo nella letteratura contemporanea straniera e italiana*, *Gesú e i Parlamenti*, *Gesú di Nazareth*. Otras obras filosóficas de Labanca; *De la filosofía racional*, *De la filosofía moral*. *De la Dialéctica*. (N. del E.)

Sermón de la Montaña

Y viendo Jesús las multitudes, subió a un monte; y, sentándose, se llegaron a él sus discípulos.

Y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los tristes; porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos; porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen perse-

cución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo.

Regocijaos y alegraos; porque vuestro galardón es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal perdiere su sabor, ¿con qué será salada? no vale más para nada; sino que sea echada fuera, y sea hollada de los hombres.

Vosotros sois la luz del mundo. La ciudad asentada sobre el monte no se puede esconder.

Ni se enciende la luz, y se pone debajo de un almud, sino en el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa.

Así pues alumbrad vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

No penseis que he venido para invalidar la Ley, o los Profetas: no he venido para invalidar los, sino para cumplir los.

Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota, ni

un tilde perecerá de la ley, sin que todas las cosas sean cumplidas.

De manera que cualquiera que quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los hiciere, y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

Porque yo os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

Oisteis que fué dicho a los antiguos: No matarás; mas cualquiera que matare, estará expuesto a juicio.

Yo pues os digo, que cualquiera que se enojare sin razón con su hermano, estará expuesto a juicio; y cualquiera que dijere a su hermano: Raca, estará expuesto al concilio; y cualquiera que a su hermano dijere: Insensato, estará expuesto al fuego del infierno.

Por tanto si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene algo contra tí,

Deja allí tu presente delante del altar, y vete: vuelve primero en amistad con tu her-

mano, y entonces ven, y ofrece tu presente.

Ponte de acuerdo con tu adversario presto, entre tanto que estás con él en el camino; porque no acontezca que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro; y seas echado en prisión.

De cierto te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el postrer cornado.

Oisteis que fué dicho a los antiguos: No cometerás adulterio.

Yo pues os digo, que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

Por tanto si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácale, y échale de tí; que mejor te es, que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de tí: que mejor te es, que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

También fué dicho: Cualquiera que despidiere a su mujer, dele carta de divorcio:

Mas yo os digo, que el que despidiere a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adúltere; y el que se casare con la despedida, comete adulterio.

También oísteis que fue dicho a los antiguos: No te perjurarás; mas cumplirás al Señor tus juramentos.

Yo pues os digo: No jureis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios;

Ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey.

Ni por tu cabeza jurarás; porque no puedes hacer un cabello blanco o negro.

Mas sea vuestro hablar, Sí, sí: No, no: porque lo que es más de esto, de mal procede.

Oísteis que fue dicho a los antiguos: ojo por ojo; y diente por diente:

Mas yo os digo: que no resistais al mal: antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra.

Y al que quisiere ponerte a pleito, y tomarte tu ropa, déjale también la capa.

Y a cualquiera que te forzare a ir una milla, ve con él dos.

Al que te pidiere, dale; y al que quisiere tomar de tí prestado, no le rehuses.

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo; y aborrecerás a tu enemigo.

Yo pues os digo: Amad a vuestros ene-

migos: bendecid a los que os maldicen: haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os calumnian y os persiguen:

Para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos: que hace que su sol salga sobre malos y buenos; y llueve sobre justos e injustos.

Porque si amareis a los que os aman, ¿qué galardón tendreis? No hacen también lo mismo los publicanos?

Y si saludareis a vuestros hermanos solamente, ¿qué haceis de más? No hacen también así los publicanos?

Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Mirad que no hagais vuestra limosna delante de los hombres, para que seais mirados de ellos: de otra manera no teneis galardón de vuestro Padre que está en los cielos.

Pues cuando haces limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y en las plazas, para ser estimados de los hombres: de cierto os digo que ellos y a tienen su galardón.

Mas cuando tú haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.

Que sea tu limosna en secreto; y tu Pa-

dré, que ve en lo secreto, él te recompensará en lo público.

Y cuando orares, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas, y en las esquinas de las calles en pie; para que sean vistos. De cierto que y a tienen su galardón.

Mas tú, cuando orares, entra en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará en lo público.

Y orando, no habéis inútilmente, como los paganos, que piensan que por su parlería serán oídos.

No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de que cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.

Vosotros, pues, orareis así: Padre nuestro, que estás en los cielos: sea santificado tu nombre.

Venga tu reino: sea hecha tu voluntad, como en el cielo, a sí también en la tierra.

Danos hoy nuestro pan cotidiano.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y no nos metas en tentación, mas libra-

nos de mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

Porque si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial.

Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

Y cuando ayunais, no seais como los hipócritas, austeros: que demudan sus rostros para parecer a los hombres que ayunan. De cierto os digo, que ya tienen su galardón

Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza, y lava tu rostro,

Para no parecer a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará en lo público.

No hagais tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan, y hurtan;

Mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan, ni hurtan.

Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

La luz del cuerpo es el ojo: así que si tu

ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso.

Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que si la luz que en ti hay, son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?

Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno, y amará al otro; o se llegará al uno, y menospreciará al otro.

No podeis servir a Dios, y a las riquezas.

Por tanto os digo: No os congojeis por vuestra vida, qué habeis de comer, o qué habeis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habeis de vestir. La vida no es más que el alimento, y el cuerpo que el vestido?

Mirad a las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. No sois vosotros mucho mejores que ellas?

Mas quién de vosotros, por mucho que se congoje, podrá añadir a su estatura un codo?

Y por el vestido, ¿por qué os congojais? Aprended de los lirios del campo, como crecen: no trabajan, ni hilan:

Mas os digo: que ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido así como uno de ellos.

Y si la yerba del campo, que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?

No os congojeis, pues, diciendo: Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos?

(Porque los Gentiles buscan todas estas cosas); porque vuestro Padre celestial sabe que de todas estas cosas teneis necesidad.

Mas buscad primeramente el reino de Dios, y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas.

Así que, no os congojeis por lo de mañana; que el mañana traerá su congoja: basta al día su afflicción.

No juzgueis; porque también no seáis juzgados.

Porque con el juicio con que juzgais, seréis juzgados; y con la medida que medís, con ella os volverán a medir.

Y ¿por qué miras la arista que está en el ojo de tu hermano; y no echas de ver la viga que está en tu ojo?

O ¿cómo dirás a tu hermano: Deja, echaré de tu ojo la arista; y, he aquí, una viga en tu ojo?

Hipócrita! echa primero la viga de tu

ojo; y entonces verás claramente para echar la arista del ojo de tu hermano.

No deis lo santo a los perros; ni echeis vuestras perlas delante de los puercos; porque no las rehuellen con sus pies; y vuelvan, y os despedacen.

Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá.

Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo pidiere pan, le dará una piedra?

O si le pidiere un pez, le dará una serpiente?

Pues, si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas a vuestros hijos, vuestro Padre que está en los cielos, cuánto más dará buenas cosas a los que le piden?

Así que, todas las cosas que querríais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la Ley, y los Profetas.

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a perdición; y los que van por él, son muchos.

Porque la puerta es estrecha, y angosto

el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo hallan.

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas; mas interiormente son lobos robadores.

Por sus frutos los conoceréis. Cógense uvas de los espinos, o higos de las cambro-neras?

De esta manera, todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol carcomido lleva malos frutos.

No puede el buen árbol llevar malos frutos; ni el árbol carcomido llevar buenos frutos.

Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase, y échase en el fuego.

Así que por sus frutos los conoceréis.

No cualquiera que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas grandezas?

Y entonces les confesaré: Nunca os conocí: apartaos de mí, obradores de maldad.

Pues, cualquiera que me oye estas pala-

bras, y las hace, compararle he al varon prudente que edificó su casa sobre roca:

Y descendió lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y combatieron aquella casa, y no cayó; porque estaba fundada sobre roca.

Y cualquiera que me oye estas palabras, y no las hace, compararle he al varón insensato, que edificó su casa sobre arena:

Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, e hicieron ímpetu en aquella casa, y cayó; y fué su ruina grande.

Y fué que como Jesús acabó estas palabras, las gentes se espantaban de su doctrina:

Porque los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Mateo. Caps. V, VI, VII

Quién es mi prójimo?

Y vuelto particularmente a sus discípulos, dijo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis;

Porque os digo, que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

Y he aquí, que un doctor de la ley se levantó tentándole, y diciendo: Maestro, haciendo qué cosa poseeré la vida eterna?

Y él le dijo: Qué está escrito en la ley? Cómo lees?

Y él respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo, como a tí mismo.

Y le dijo: Bien has respondido: haz esto, y vivirás.

Mas él, queriéndose justificar a sí mismo, dijo a Jesús: Y quién es mi prójimo?

Y respondiendo Jesús, dijo: Un hombre

descendía de Jerusalem a Jericó, y cayó entre ladrones; los cuales le despojaron, e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.

Y aconteció, que descendió un sacerdote por el mismo camino: y viéndole, se pasó del un lado.

Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y mirándole, se pasó del un lado.

Y un Samaritano, que iba su camino, viniendo cerca de él, y viéndole, fué movido a misericordia.

Y llegándose, le vendó las heridas, echándole en ellas aceite y vino; y poniéndole sobre su cabalgadura, le llevó al mesón, y cuidó de él.

Y al otro día partiéndose, sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo: Cuida de él; y todo lo que demás gastares, yo cuando vuelva, te lo pagaré.

Quién, pues, de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que cayó entre ladrones?

Y él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tu lo mismo.

Lucas. Cap. X, 23-37.

Jesús y los niños

EN aquel tiempo se llegaron los discípulos a Jesús, diciendo: Quién es el mayor en el reino de los cielos?

Y llamando Jesús a un niño, le puso en medio de ellos,

Y dijo: De cierto os digo, que si no os convirtiereis y os hiciereis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.

Así que cualquiera que se humillare, como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos.

Y cualquiera que recibiere a un tal niño en mi nombre, a mí recibe.

Y cualquiera que ofendiere a alguno de estos pequeños, que creen en mí, mejor le sería que le fuera colgada del cuello una piedra de molino de asno, y que fuese anegado en el profundo de la mar.

Ay del mundo por los escándalos! porque necesario es que vengan escándalos;

mas ¡ay de aquel hombre, por el cual viene el escándalo!

Por tanto, si tu mano o tu pie te fuere ocasión de caer, córtalos y échalos de tí: mejor te es entrar cojo o manco a la vida, que teniendo dos manos o dos pies ser echado al fuego eterno.

Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácale, y échale de tí; que mejor te es entrar con un ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado al fuego del infierno.

Mirad no tengais en poco a alguno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre, que está en los cielos.

Porque el Hijo del hombre es venido para salvar lo que se había perdido.

Qué os parece? Si tuviese algún hombre cien ovejas, y se perdiese una de ellas, ¿no iría por los montes, dejadas las noventa y nueve, a buscar la que se había perdido?

Y si aconteciese hallarla, de cierto os digo, que más se goza de aquella, que de las noventa y nueve que no se perdieron.

Así no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.

Mateo. XVIII, 1-14.

Y le presentaban niños para que les tocara; y los discípulos reñían a los que los presentaban.

Y viéndolo Jesús, se enojó, y les dijo: dejad los niños venir, y no se lo vedéis; porque de los tales es el reino de Dios.

De cierto os digo, que el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía.

Marcos. X, 13-16.



Jesús y la naturaleza

Los campos de mieses

ENTRE tanto los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come.

Y él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabeis.

Entonces los discípulos decían el uno al otro: Le ha traído alguien de comer?

Díceles Jesús: Mi comida es, que yo haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.

No decís vosotros, que aun hay cuatro meses hasta la siega? He aquí, yo os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad las regiones; porque ya están blancas para la siega.

Y el que siega recibe salario, y allega fruto para vida eterna; para que el que siembra también goce, y el que siega.

Porque en esto es el dicho verdadero: Que uno es el que siembra, y otro es el que siega.

Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis: otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores.

Juan. IV, 31-38.

La higuera estéril

Y en este mismo tiempo estaban allí unos que le contaban de los Galileos, cuya sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios.

Y respondiendo Jesús, les dijo: Pensáis que estos Galileos, porque han padecido tales cosas, hayan sido más pecadores que todos los Galileos?

Yo os digo, que no: antes si no os arrepintiereis, todos perecereis así.

O aquellos diez y ocho, sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que ellos fueron más deudores que todos los hombres que habitan en Jerusalem?

Yo os digo, que no: antes si no os arrepintiereis, todos perecereis así.

Y decía esta parábola: Tenía uno una higuera plantada en su viña; y vino a buscar fruto en ella, y no halló.

Y dijo al viñero: He aquí, tres años ha

que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo: córtala, ¿por qué hará inútil aún la tierra?

Él entonces respondiendo, le dijo: Señor, déjala aun este año, hasta que yo la escave, y la esterco le.

Y si hiciere fruto, bien; y si no, la cortarás después.

Lucas. XIII, 1-9.

El sembrador

Y otra vez comenzó a enseñar junto a la mar, y se juntó a él una gran multitud, tanto que entrándose él en un barco, se sentó en la mar, y toda la multitud estaba en tierra junto a la mar.

Y les enseñaba por parábolas muchas cosas, y les decía en su doctrina:

Oid: He aquí, el que sembraba salió a sembrar.

Y aconteció sembrando, que una parte cayó junto al camino; y vinieron las aves del cielo, y la tragaron.

Y otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y luego nació, porque no tenía la tierra profunda.

Mas, salido el sol, se quemó; y por cuanto no tenía raíz se secó.

Y otra parte cayó en espinas; y crecieron las espinas, y la ahogaron, y no dió fruto.

Y otra parte cayó en buena tierra, y dió fruto, que subió y creció; y llevó uno a treinta, y otro a sesenta, y otro a ciento.

Entonces les dijo: El que tiene oídos para oír, oiga.

Y cuando estuvo solo le preguntaron, los que estaban al rededor de él con los doce, de la parábola.

Y les dijo: A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas se les hace todo;

Para que viendo, vean y no vean; y oyendo, oigan y no entiendan; porque no se conviertan, y les sean perdonados sus pecados.

Y les dijo: No sabeis esta parábola? Cómo pues entenderéis todas las parábolas?

El que siembra siembra la palabra.

Y estos son los de junto al camino, en los que la palabra es sembrada; mas después que la oyeron, luego viene Satanás, y quita la palabra que fue sembrada en sus corazones.

Y asimismo estos son los que son sembrados en pedregales; los que cuando han

oído la palabra, luego la reciben con gozo;

Mas no tienen raíz en sí, antes son temporales; que en levantándose la tribulación, o la persecución por causa de la palabra, luego se escandalizan.

Y estos son los que son sembrados entre espinas; los que oyen la palabra.

Mas las congojas de este siglo y el engaño de las riquezas, y las codicias que hay en las otras cosas, entrando ahogan la palabra, y viene a quedar sin fruto.

Y estos son los que fueron sembrados en buena tierra; los que oyen la palabra, y la reciben, y hacen fruto, uno a treinta, otro a sesenta, otro a ciento.

Marcos. IV, 1-20.

La zizaña

OTRA parábola les propuso, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que siembra buena simiente en su campo.

Mas durmiendo los hombres, vino su enemigo, y sembró zizaña entre el trigo, y se fue.

Y como la yerba salió, e hizo fruto, entonces la zizaña pareció también.

Y llegándose los siervos del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues de dónde tiene zizaña?

Y él les dijo: Algún enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: Pues quieres que vayamos, y la cojamos?

Y él dijo: No; porque cogiendo la zizaña, no arranqueis también con ella el trigo.

Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega y o diré a los segadores: Coged primero la zizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo allegadlo en mi alfolí.

Mateo. XIII, 24-30.

El grano de mostaza

TAMBIÉN decía: A qué haremos semejante el reino de Dios? o con qué parábola le compararemos?

Es como el grano de la mostaza, que cuando es sembrado en tierra es el más pequeño de todas las simientes que hay en la tierra;

Mas cuando fuere sembrado, sube, y se hace la mayor de todas las legumbres; y

hace grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo puedan hacer nidos debajo de su sombra.

Marcos. IV, 30-32.

El buen pastor

Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.

Como el Padre me conoce a mí, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.

También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también he de traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.

Juan. X, 14-16.

La vid y los pámpanos

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

Todo pámpano en mí que no lleva fruto, le quita; y todo aquel que lleva fruto, le limpia, para que lleve más fruto.

Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado.

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no permaneciere en la vid, así ni vosotros, si no permaneciereis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto (porque sin mí nada podeis hacer).

Si alguno no permaneciere en mí, será echado fuera como mal pámpano, y se secará; y los cogen, y échanlos en el fuego, y arden.

Si permaneciereis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisieris pedireis, y os será hecho.

En esto es glorificado mi Padre, en que lleveis mucho fruto; así sereis mis discípulos.

Juan. XV, 1-8.

San Antonio y el Centauro

Y Antonio que había estado descansando, por revelación supo que había otro monje—llamado Pablo—mucho mejor que él, a quien debía visitar. Y el venerable anciano, apoyado en un báculo que sostenía sus débiles miembros, empezó a sentir deseo de ir no sabía donde. Y proseguía en el camino comenzado diciendo: «Creo en mi Dios: Él un día me mostrará al compañero que me ha prometido». Apenas pronunció estas palabras, vio a un hombre en parte caballo, a quien los poetas denominaban Hipocentauro. Al instante arma el monje su frente con la señal de la Cruz, y dice al monstruo: Hola! En qué parte habita por aquí el siervo de Dios? Y el monstruo, haciendo reclinarse no sé qué de bárbaro, y triturando las palabras más bien que pronunciándolas, buscó entre su horrible boca un discurso blando para responder; extendió luego la mano derecha, mostró al monje el camino y, semejante a un ave, desapareció a su vista atravesando los abiertos campos.

San Jerónimo

In vita Sancti Pauli eremita

Antonio, el Cenobiarca del silencioso Egipto,
para templar los duelos de su vivir —proscrito
en una helada cueva donde retoza el Diablo—
marchóse en altas horas a visitar a Pablo;
el más viejo eremita.

La paz reinaba en torno,
en cálidos efluvios, por sus bocas de horno
respiraba el Desierto. Ya no volaba una
sola pareja de ibis rojos. La luna,
abriéndose ancho paso tras cenicienta franja,
vertía sobre el polvo su amarillo naranja,
seguida por un astro (dorada mariposa
que en derredor girase de una pálida rosa).

Súbitamente el monje, creyendo oír muy lejos
un rumor, se detuvo, y a los blancos reflejos
del astro melancólico vió la extraña figura
de un monstruo que, a galope, cruzaba la llanura,
y removiendo arenas se venía derecho
a él; su cuerpo flaco tembló como un helecho
que el aura mece; «acaso esa bruta carrera
fuese fuego diabólico; tal vez hambrienta fiera...»
ya llega! y frente a frente del vital esqueleto
del monje, un sér no visto, desmelenado, inquieto,
se para. El ermitaño y el monstruo se interrogan,
y así, bajo la calma de la noche, dialogan:

El centauro

Yo soy el viejo Hippotos: el último Centauro
que circundó sus sienes con el augusto lauro
crecido entre las grutas del Sagrado Archipiélago;

soy un hijo de Grecia, que, atravesando el piélago,
vino a buscar la sombra de bosques escondidos
para llorar la fuga de sus dioses vencidos.
Y soy la Fuerza alegre: mi brazo poderoso
sabe peinar la ninfa y extrangular el oso;
y en mi pecho, que tiene la aspereza del cardo,
se doblan las espadas y se despunta el dardo,
y, cual rodada piedra que va de tope en tope,
sobre las rocas duras revienta mi galope;
hasta los dioses tiemblan cuando la ceja enarco;
yo rompo dos encinas para forjarme un arco,
y cifro la alegría de vivir. Soy un hombre
que sueña, quiere y puede, y a la par lleva nombre
de monstruo; tengo mente, y endurecido callo:
soy malo como el hombre y ágil como el caballo
y velo extraño símbolo. Soñador y lascivo,
quien conozca mi esencia conoce un adjetivo,
comprende el adjetivo universal y humano
que entre su seno oculta la palabra: PAGANO!

Tu nombre, dí, Fantasma que coloquias conmigo.

San Antonio

Yo soy Antonio, un siervo del Señor tu enemigo,
que atempera sus pasos a la celeste norma
de Jesús, y proscribe la diabólica forma
que corrompe los seres, arrebatada la mente
y hace perder el alma del hombre eternamente...
No soy púgil: mis brazos no soportan el peso
de un ánfora colmada: se diría el yeso
mi figura unas veces, en otras aparenta
los contornos de una raíz amarillenta.

Mi frente, que no ciñe fresco gajo, sin vello
finge tan sólo el árida rodilla del camello.
Soy un heraldo mudo de la roja victoria
sobre el Olimpo. Digo la beldad y la gloria
de Cristo con los seres que son de polo a polo.

El centauro

No puede vuestro Cristo competir con Apolo,
con el hijo soberbio del Ceñudo y Latona,
que en los brazos de Dafnis al amor se abandona,
o lleva el ígneo carro que volcó Faetonte
por los campos azules del abierto horizonte.
El olímpico auriga de la eterna carroza
donde Febo, ceñido de laureles, retoza
con las Horas desnudas, los sonoros tropeles
por el éter dirige de sus raudos corceles.
Van cayendo las sombras bajo el dardo certero
del Arquero divino: por el ancho sendero
que siguió la carroza, cruza el sol, pasa el día,
y la luz va regando su dorada armonía.

Ese numen risueño que ignoró la tristeza
y ha rendido al olvido su robusta cabeza
es el padre del verso: con su mano divina,
al pulsar los bordones del arpa elefantina,
vaga, dulce, amorosa y simbólicamente,
ha forjado una patria más hermosa que Oriente,
donde yerra el perfume que al dolor nos arranca
y a do vuela el suspiro de amor—alondra blanca
que sobre el pico lleva la miel de un beso rojo.
De allá parten los yambos como flechas de enojo
del artista con celos, que siguiendo la huella
de Marsyas, lo cautiva, lo vence, lo desuella.

Por la senda más agria del adusto Parnaso,
con la crin en desorden, a la luz del ocaso
va subiendo Pegaso, portador en sus ancas
del cantor Musageta, de las Vírgenes blancas.
Y en la fiesta de mármol, sobre el bajo relieve,
entre dioses risueños y Afroditas de nieve
cuyas bocas ensayan las sonrisas eternas,
se irgue Apolo: la carne de sus pálidas piernas:
el torso alabastrino donde la gracia ondula
en cadenciosos planos; la frente que simula
un ara donde ofician la Luz y la Alegría,
y de su cuerpo todo la vívida armonía,
parece que suspiran por el febril contacto
de efebos y de ninfas de delicioso tacto...!
al Crinado cantemos!

San Antonio

Es un ídolo yerto,
es un nombre en el mundo del espíritu, muerto.

El centauro

Un dios más bello muestra que Apolo y Cítarea.

San Antonio

El triste, el dulce, el pálido Nabí de Galilea.
Es el profeta joven: como dorada lluvia
tiembla su pelo dócil, fluye su barba rubia;
El sabe lo que dice la voz de las colmenas,
y ama los canes tristes como las azucenas;

y son sus ojos grandes, melancólicos, vagos,
y en su fondo reflejan, como místicos lagos,
el divino silencio de las noches tranquilas;
y, cual besos que miren, sus absortas pupilas
aprisionan la calma del azul horizonte;
con sus manos delgadas como lirios de monte;
por su voz habla el eco de un arrullo divino,
y en vez de lauros lleva la toca del rabino.

Es triste cuando vaga cual un pastor extraño,
en busca de la oveja perdida del rebaño,
y cuando gime a solas por el amigo muerto;
es triste cuando, extinta la luz en el desierto,
con la cabeza baja y los ojos cerrados
medita entre una fila de camellos cansados.
Si entre las frondas negras del olivar espeso
el de Kerioth le besa con su marchito beso,
sabiendo que su soplo sobre el Ungido vierte
la hez de la perfidia y el vaho de la muerte;
cuando la vieja mano de Dios le desasiste
en el postrer instante de su dolor: es triste!

Y si a la tibia sombra de la copada higuera
sentado por las tardes, al pueblo que lo espera
le dice la Parábola, y en delicioso abrigo
bajo la vid en fruto de Lázaro, su amigo,
a María—la tierna—y a Marta—la sentida—
enseña a amar el Alma y a despreciar la Vida;
cuando, caudillo inerme de la legión futura
de mártires, levanta la mística figura,
sobre el paciente lomo de la horrica tarda,
y en medio de las voces del pueblo que le aguarda
entra a Salem, de angustia y amor el alma llena;

cuando en las horas grises de la última Cena
mientras la Pecadora su casto pie le enjuga,
y mientras Juan —el Virgen— comparte su lechuga,
el Rabbi, desolado por la melancolía
es dulce, es dulce, es dulce!

La blanca Eucaristía
palpita entre sus manos; con la mirada alumbra
los tintes nebulosos de tímida penumbra
que va llenando en olas aquel sereno asilo,
y, destrozado mártir al parecer tranquilo,
suscita sobre el terso cristal de su memoria
la pena sin orillas de su futura historia,
y oye vibrar el beso del hombre que le entrega
y la cobarde excusa de Kefas que le niega,
y, como los retumbos de sorda catarata,
los bárbaros aullidos del pueblo que le mata,
mientras el ancho marco de la ventana hebrea
recorta azules franjas del éter de Judea,
que está diciendo al mártir de faz entristecida
Cómo puede ser libre, fácil, sensual la vida!

Contéstame: ¿qué trágico calzó mejor coturno
que aquel crucificado de rostro taciturno
que, erguido sobre el Gólgota, desde la cruz pasea
los ojos por su caro país de Galilea
que no verá en el tiempo, y en lánguido desmayo
se va muriendo exangüe? Cuando vestía el sayo
de punzador ultraje, cuando cargó la carga
de su futura gloria, cuando probó la amarga
bebida el virgen labio dolorido y sangriento,
y oyó que su lamento se perdía en el viento,
fue el trágico sublime! La flor de los dolores
regó desde ese instante sus cálidos olores,
y como banda nívea de cisnes familiares,

al arenal sin límites huyeron a millares
las vírgenes de Cristo, que en su mansión de palma
hallaron lo que Grecia no vió jamás: EL ALMA!
Allí, más victorioso que el orcomenio atleta,
con sus pasiones lucha vetusto anacoreta,
creador, en el silencio de abruptas soledades,
de goces no sentidos, de voluptuosidades
que acendra el abstenerse y oculta la tristeza;
allá desde las cruces levantan la cabeza
los mártires heridos—sedientos gladiadores
que secan con sus bocas el mar de los dolores.
El impasible Kosmos de vuestra fantasía
perdió tal vez su eurytmia, su Olimpo, su alegría:
en cambio nuestras almas trocaron la Quimera
por un país excelso donde el amor impera
y...

Súbito el Centauro, doliente, silencioso,
se fue sobre la arena con paso perezoso,
alejando, alejando... y entre la gris llanura
borró para los hombres su helénica figura,
mientras el viejo monje—con su báculo incierto
con el signo de Gracia borraba en el desierto
las huellas del Centauro...

Guillermo Valencia

Del volumen *Ritos*. Bogotá, 1899.

Así era ella...

SIN sentirlo he llegado hasta la Fuente de la Virgen, y aquí la visión en vano buscada en la Iglesia¹ y en el Taller² y en la Sinagoga, aparece de pronto ante mis ojos. Que esta fuente sea la misma a la cual la Virgen iba todas las tardes con su cántaro, a buscar el agua, ningún arqueólogo lo pone en duda. No habiendo otra en la población, ni en sus cercanías, las incertidumbres de los demás lugares santos desaparecen ante el manantial. Mas la venia misma de los sabios es inútil, ante el espectáculo que uno contempla apenas llega a este sitio. Las muchachas morenas, vestidas con sus amplias túnicas flotantes, forman un grupo evangélico. Mientras una llena su ánfora de forma antigua, las demás se cuentan sus ingenuos secretos femeninos. Los grandes ojos negros se abren, muy

¹ La iglesia de la Anunciación, en Nazaret.

² Un oratorio, en Nazaret.

Jerusalén y la Tierra Santa. 1 vol. Sociedad de ediciones Louis Michaud. París.

grandes, muy grandes, expresando deliciosas curiosidades. Un abandono momentáneo da a los cuerpos molicies deliciosas. La tradición, según la cual María Santísima ha concedido a las mujeres de Nazaret el don de la belleza, no hace sonreír aquí. Todas las canéforas que pasan ondulando rítmicamente por el sendero, y todas las que, en actitudes milenarias, se agrupan al rededor del santo chorro, son bellas, en verdad, con sus talles finos, con sus rostros pálidos, con sus miradas de cálida languidez, con sus labios inocentes que dejan ver las sanas dentaduras albas. Y uno se dice, al contemplarlas: «Así era ella». Y esto sólo basta para llenarlas de gracia en nuestra imaginación, para cubrirlas de bienaventuranza en nuestra alma. «Así era ella...» Así era cuando, en las tibias alboradas, venía por entre los cercados de chumberas, destacándose cual una blanca aparición en medio de la verdura... Así era cuando pasaba junto a las largas filas de camellos, suscitando murmullos halagadores en los grupos de arrieros... Así era cuando se mezclaba con el coro de las demás nazarenas, para confiar el secreto inocente de su idilio... Así era cuando, alzando el cántaro, volvía a encaminarse, blanca, y lenta, y armoniosa, hacia las alturas en las cuales la esperaba José a la puerta del taller... Así era ella...

E. Gómez Carrillo.

Cristo o Diana

MIENTRAS la conducía al templo para que abjurase del Cristo, o saliera del templo al Circo a cantar por la última vez alabanzas a su Dios, bajo la zarpa de las fieras, el joven centurión, conmovido por la gentileza de su prisionera, la decía:

—Oh, tú, romana, que llevas en los ojos la tiniebla densísima de la feménidad, en la cabellera la color del caos, y en el rostro revelas hondo anhelo por cuanto supo Helena e ignoró Lucrecia: cuál divinidad elegirás, Diana o el Cristo?

Tu hora en la vida es la hora del amor.

No sabes que los ciprinos ritos fueron ya cumplidos para con tu Dios; que una tarde la de Magdala trajo a los ojos y a los labios, dignos cual los tuyos de causar el asedio de la ciudad antigua, cuanto de tierno tuvo el alma hebrea? Ignoras que deshaciendo esa ternura en lágrimas, lustrales más que las aguas del Jordán, y en ósculos que oreaban como cálido aliento primaverál, bañó en su llanto, oreó con sus besos, y con la rubia, abundosa cabellera enjugó los pies

de aquel hijo de proletaria, bello y rebelde, que sólo en jarro de Samaritana había calmado la eterna, la bendita sed del hijo del hombre, del eterno Adán? Y «porque amaste mucho te perdono», cuentan que la dijo. Pero lo calumnian. Amor no juzga, ni condena, ni perdona; él ama. Ama tanto, que los celos, que en el Évangelio se llaman Judas, por besar a la cruel fueron una noche a buscar en Gethsemaní la huella de aquellos labios en la mejilla de Jesús...

Tu hora en la vida es la hora del amor.

Verdad que Diana es diosa casta entre las deidades inmaculadas; es la Virgen blanca; Virgen como la madre de Jesús, fecundada por el espíritu; Virgen como la ternera madre del dios Apis, fecundada por el rayo; pero Amor, que todo lo puede, quebrantó la indómita, la huraña castidad de la diosa, y le ciñó el cinturón de Venus, para que Endimión se lo descñera en el misterio de la noche y de la selva, que la deidad inundaba en los albos, serenos resplandores de su virgínea belleza.

Diana o el Cristo?

Si prefieres el Nazareno, has de ir a buscarlo más allá del martirio; él partió del huerto de los Olivos por el Gólgota y el

Thabor, llevándose santificada a Magdalena hasta los limbos de su cielo.

Si optas por la que del profundo azul bajó hasta la gruta de Lathmos, a despertar cuanto dormía en el adorable adolescente, vuelve a la etérea excelsitud los ojos; y Diana, desde el seno de la inmensidad, te mostrará los senderos del bosque en donde Endimión dormido aguarda el beso de las vírgenes castísimas...

* * *

Y cuando el centurión hubo hablado, dos visiones turbaron a la bella cristiana; allá, en los aires, dos leños en cruz destilaban sangre sobre la cruenta arena del Coliseo; más allá, en una oscuridad de selva, una fúlgida mujer, bañada en luz de luna, se tendía cual Ruth, desnuda, en el lecho de musgo de Endimión. Y ante esta visión, pecaminosa para su conciencia de catecúmena, tembló la virgen ignorante; cerró involuntariamente los ojos, haciéndose la señal de la cruz, y, suspirando, subió las gradas del templo...

César Zumeta

Del volumen *Escrituras y Lecturas*.